

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Perro fantasma

Autor/es:  
Nuño, Ana

Citar como:  
Nuño, A. (2000). Perro fantasma. La madriguera. (25):100-100.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41843>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



## PERRO FANTASMA

**Ghost Dog: The way of the Samurai**

**Jim Jarmusch**

EE.UU., 1999

Entran ganas, viendo los contoneos de este "perro fantasma", de proponer el siguiente axioma: cuando Jim Jarmusch (1953) utiliza el color en alguno de sus largos, más vale salir corriendo. Cierto que el axioma parece infirmarse



con *Year of the Horse: Neil Young and Crazy Horse Live* (1997) y *Night on Earth* (1991). Pero la primera es un largometraje documental de clásica factura e interés anecdótico, y la segunda, una película de episodios, género bien amado del cine de autor italiano y francés de los sesenta y hoy abandonado, sin duda debido a su escaso valor comercial. Es decir, y en ambos casos, excepciones a su vez excepcionales.

En *Mystery Train* (1989) hace pensar este *Ghost Dog*, cuyo título, valga la pena señalarlo de paso, no ofrece insalvables escollos a la traducción y hubiese podido presentársenos, por tanto, como *Perro fantasma*. En ambas cintas falta un motivo claro de la acción, y las dos ofrecen, no la evolución de sus per-

sonajes a través de una experiencia única dotada de valor iniciático; lo que caracteriza a las mejores cintas de Jarmusch -*Stranger Than Paradise* (1984), *Down by Law* (1986) y *Dead Man* (1995), esta última una auténtica joya-, sino la fatigosa reiteración de los rasgos estereotípicos de unos personajes cuyo único atractivo es ser esforzadamente marginales. En el caso de *Ghost Dog*, además, se acentúa la deriva hacia estas poco profundas aguas por el hecho de centrarse todo el interés de la cinta en un solo personaje. Si algo está claro a estas alturas, es que Jarmusch

logra ser efectivo cuando pone en resonancia a dos o más personajes. El cine de este autor lo es de la comunicación más que de la introspección. Poco dotado para la psicología, todo su interés deriva de la *simpatía* que logra establecer entre la ignorancia de los personajes acerca de sus propias motivaciones y la del espectador, que descubre al mismo tiempo que aquéllos que

lo poco que sabe -lo poco que hay que saber- es función de su capacidad para aceptar la aparente inanidad de unos encuentros aleatorios, escandidos por diálogos intrascendentes y situaciones banalmente confusas.

Forest Whitaker encarna en *Ghost Dog* a un improbable matón a sueldo que deriva su ética profesional tanto como sus preceptos de vida del *Hagakure* o *La vía del samurai*, un tratado japonés del siglo XVII escrito por Jocho Yamamoto, un samurai convertido en monje ermitaño. Conviene detenerse brevemente en esta obra, ya que el cineasta no se limita a poner este libro en las manos de su personaje, sino que además incrusta frases extraídas del mismo al inicio de las secuencias episódicas. El

*Hagakure* fue, hasta el inicio de la era Meiji, a mediados del XIX, un libro secreto, conocido únicamente por un puñado de Daimyo o señores feudales. Con la restauración de la dinastía imperial y, sobre todo, durante la Segunda Guerra, llegó a ser una obra popular, cuya lectura fomentaba el sector más agresivo y belicista del ejército japonés. Tras la derrota de Japón, el *Hagakure* volvió a la clandestinidad, y durante los inmediatos años de posguerra fue una obra sometida a censura. Su redescubrimiento se debe a Yukio Mishima, quien tres años antes de suicidarse escribió un extenso ensayo rehabilitando su ascética filosofía guerrera.

Jarmusch planta el *Hagakure* en medio de una tradicional historia de gánsters. Pero entre la secuencia inicial -el vuelo de la paloma mensajera en el alba, la modesta caseta en la azotea de un edificio de Los Angeles donde vive parcamente el moderno samurai negro- y la final -el duelo a la *O.K. Corral* en una calle del downtown angelino entre Whitaker y su "señor" (John Tormey), todo es previsible y tedioso. En ningún momento es posible desentrañar la intención del cineasta: ¿es *Ghost Dog*, el marginal samurai, con su simple ética de fidelidad al amo y preparación al sacrificio, un modelo digno de nuestra admiración? ¿Alberga su retrato una pizca de ironía? ¿Estamos ante un héroe positivo o ante un *eiron*, el personaje que denigra de sí, caro a Aristóteles?

Salimos de la sala perplejos y con una sospecha: Jarmusch se ha dejado atrapar por la moda New Age, que consiste, para resumir, en comer productos biológicos, curarse con medicinas alternativas y leer tratados orientales empapados de antigua sabiduría. Como el *Hagakure*.

**Ana Nuño**